

¿Sentido común o conocimiento profesional?



M. Jesús Comellas

Psicóloga, profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona

Desde el colectivo del profesorado se añora aquel reconocimiento que existía en tiempos pasados, derivado de la falta de formación global de la sociedad, que otorgaba valor al mero hecho de ser «maestro», independientemente de cuál fuera la acción educativa. Pero **en una sociedad democrática y mejor formada la valoración de la profesión debe ser por las competencias que mostramos y el saber hacer profesional**, por eso la autoridad moral que se deriva de ello no es impuesta, sino reconocida.

Este es el dilema que se pone en evidencia al menos en dos situaciones que por su cotidianidad casi ni se detectan.

Por un lado, cuando se dan críticas a las prácticas docentes, hay poca o nula respuesta profesional que pueda contraponer con argumentos lo que se hace y se sabe hacer. La reacción es poco seria, y se convierte más bien en protesta y demanda de comprensión. Así pues, parece más una reacción emotiva y visceral que argumental.

Por otro lado, cuando se lleva a cabo un debate desde el colectivo profesional con otros colectivos cercanos (familias, agentes sociales o medios de comunicación), el discurso está vinculado a las quejas. Hay poca argumentación sólida de la importancia de las acciones que se plantean, y a menudo el propio colectivo profesional acaba con una frase como síntesis: «De hecho, lo que decimos es de sentido común». ¿Cómo puede defenderse el conocimiento profesional y pedagógico, que no necesariamente es común ni tan superficial, si se minimiza y no se defiende con argumentos? No es de extrañar que la sociedad no lo reconozca, si es tan fácil y evidente. ■

¿Cómo se prepara un encuentro con autor?



Roberto Aliaga

Escritor de literatura infantil

Como escritor de literatura infantil, suelo realizar cada año numerosas visitas a centros escolares para «encontrarme» con niños y niñas de primaria que han leído alguna de mis obras. Habitualmente, estas actividades están organizadas por empresas editoriales, ayuntamientos y bibliotecas municipales, incluso por el propio centro.

Lo normal –y lógico– es que los profesores y profesoras de cada grupo hayan preparado de alguna forma los encuentros con su alumnado: leyendo uno o varios libros del autor, buscando información sobre él en Internet, preparando preguntas para el día de la visita... La lista de actividades posibles no

tiene fin. Se trata de crear expectativas. A esto es a lo que se llama *animación a la lectura*.

Sin embargo, algo que parece tan obvio para todos, en demasiadas ocasiones, se olvida y **no es extraño que, como autor, te encuentres con un grupo de niños y niñas que no conocen el libro del que vas a hablarles, ni saben cómo te llamas...** Estas situaciones me parecen muy lamentables, porque, pudiendo sacar un gran partido a la actividad, se deja perder. Y cuesta el mismo dinero –porque no es gratis– hacer un encuentro inolvidable para las niñas y los niños.

¿Os imagináis que tuvierais la oportunidad de llevar al aula a vuestro escritor favorito? Sí, a ese. ¿Cómo prepararíais el encuentro? ¿Qué les contaríais a los niños y las niñas de él? ¿Qué predisposición pensáis que tendría el alumnado el día de la visita?

Pues eso mismo. El fin es que lean. ■